

***Un bel morir o el último viaje
de Maqroll El Gaviero***

María Eugenia Rojas Arana

Resumen

En la novela *Un bel morir* el escritor Álvaro Mutis se muestra y oculta creando otra atmósfera de trópico inhóspito y miserable, triste y desesperanzado escenario, donde Maqroll el gaviero vive un efímero amor y una última aventura. Nuevo universo significativo hecho de efectos de lenguaje, de voces enunciativas y personajes que como múltiples fantasmas vagan por nuestro imaginario en las noches sin sueño y nos hacen sospechar que el mundo en que vivimos y el mundo de la novela son una misma ficción.

Abstract

In the novel *A Beautiful Death* the writer Álvaro Mutis shows and hides himself by creating a miserable and inhospitable tropical atmosphere, and a sad and despairing scenario where Maqroll the skipper lives out one last and short-lived love story. This new universe is the result of linguistic games and characters' voices who like ghosts haunting in sleepless nights our imaginations doubt whether the world we live in and the novel's universe are not one and the same.

María Eugenia Rojas Arana

Resumo

No romance *Un bel morir* o escritor Alvaro Mutis se mostra e se oculta criando outra atmosfera do trópico inóspito e miserável, triste e desesperançado cenário, onde Maqroll El Gaviero vive um efêmero amor e uma última aventura. Novo universo significativo feito de efeitos de linguagem, de vozes enunciativas e personagens que como múltiplos fantasmas vagam por nosso imaginário nas noites sem sono e nos fazem suspeitar que o mundo em que vivemos e o mundo do romance são uma mesma ficção.

Palabras clave

Álvaro Mutis
Literatura latinoamericana
Novela colombiana

Palavras chave

Álvaro Mutis
Literatura latinoamericana
Romance colombiana

Key words

Álvaro Mutis
Latinamerican literatura
Colombian novel

Introducción

Con este relato publicado en 1989, volvemos a encontrarnos con Maqroll, ahora hombre viejo y acabado, que persiste en embarcarse en otra empresa incierta y equivocada para recuperar un poco de esperanza mientras gasta la poca vida que le queda en el puerto olvidado de La Plata, en el encuentro amoroso con Amparo María, en el riesgo que significa atravesar el Páramo y traficar con armas casi sin sospechar que lo hace. Así, el gaviero construye de nuevo su desgracia, cuando sus amigos y la mujer que ama son asesinados y a nuestro hombre no le queda más que tomar el timón de un lanchón derruido y emprender un último viaje hacia su propia muerte.

En esta lectura daré cuenta de: El componente argumental que revela en la historia relatada, el hacer de los personajes, la descripción de situaciones extremas, la decadencia social y el deterioro espacial y espiritual del trópico, motivos recurrentes de la imaginería de Mutis. El componente enunciativo donde el anunciador implícito, verdadero destinador de información y supremo ordenador, inventa narradores

personajes y situaciones, y los presenta mediante diversas estrategias narrativas a un enunciatario también implícito y finalmente, el componente actoral que nos permitirá ver cómo se definen en su hacer narrativo los actores de la desesperanza en este nuevo espacio-tiempo tropical que caracteriza *Un bel morir*.

El componente argumental

Desalentado por no tener noticias de viejos amigos con quienes años atrás compartiera algunas de sus empresas, Maqroll el gaviero desiste de continuar su viaje río arriba en su búsqueda y se va quedando en un humilde caserío llamado el puerto de La Plata, alquilando una habitación suspendida sobre el río, en la pensión de doña Empera, mujer ciega y vivaz que le brinda su protección y amistad. Su vida transcurre monótonamente entre los encuentros femeninos que le proporciona la dueña de la pensión y las visitas a la cantina del turco Hakim, donde cambia los giros que recibe de un banco de Trieste y calma sus accesos de hastío sentado en un rincón observando silenciosamente a los parroquianos.

Allí conoce a Jan Van Branden, quien se presenta como ingeniero ferroviario de origen belga, encargado de adelantar aspectos técnicos para la construcción de un tramo de ferrocarril en La Cuchilla del Tambo. El gaviero es convencido por Van Branden de transportar mercancía, equipo técnico y maquinaria delicada para la obra férrea. Se encuentran cada dos o tres días en la cantina para conversar y beber, y al final de la noche se dirigen a la pensión de doña Empera donde ambos viven. Allí el belga recibe cada semana a una mujer de edad madura que atiende al ingeniero mientras dos niños de corta edad la esperan jugando a orillas del río. El Gaviero recibe también la visita de una hermosa joven llamada Amparo María por la que comienza a sentir un gran afecto.

Días después, Van Branden propone a Maqroll transportar en mulas hasta La Cuchilla del Tambo, las cajas con maquinaria delicada necesaria para los cálculos y trazado de la vía. Le ofrece pagarle una suma interesante si realiza este trabajo con eficiencia y discreción. Aunque el Gaviero desconfía del belga, acepta, como es su costumbre, embarcarse en esta nueva empresa que descansa en el aire sostenida solamente con palabras y planes imprecisos a nombre de una empresa fantasma, y sin ningún

María Eugenia Rojas Arana

membrete ni documento de la compañía encargada de los trabajos.

Asesorado por doña Empera, parte rumbo a la hacienda de los Alvarez, para comprar unas mulas y contratar un baquiano que lo acompañe. Los Alvarez, tres hermanos que habían llegado veinte años atrás, con sus mujeres y sus hijos y algunos arrendatarios, huyen de la violencia política desatada en su tierra, a una hermosa altiplanicie donde fundan una hacienda que siembran de cafetales, naranjos, limoneros y mangos. Pocos años después, el hermano mayor regresa a su tierra y el menor muere ahogado en la cañada de la Osa intentando salvar un ternero. Sólo queda don Aníbal con su mujer y tres hijos, quienes trabajan con empeño, tratando de ganarle al monte la tierra para sembrar.

Don Aníbal lo recibe amablemente aunque manifiesta su extrañeza sobre este plan de instalar una vía de ferrocarril en La Cuchilla del Tambo. Maqroll contrata con él la compra de cinco mulas y la compañía de un muchacho para que lo acompañe. En esta visita, el Gaviero se entera que Amparo María, desde que perdió a sus padres en la violencia, trabaja al servicio de los Alvarez como empleada de confianza.

Al día siguiente Maqroll informa a Van Branden sobre la diligencia realizada y su necesidad de una nueva cantidad de dinero. El belga, quien inicialmente trata de evadir este compromiso, ante la amenaza del gaviero de desistir del asunto, termina por entregarle un fajo de billetes sin exigirle recibo a cambio.

En compañía de Félix, apodado el Zuro, un joven afable que conoce las trampas, peligros y maravillas del camino, nuestro hombre emprende un viaje de seis días, haciendo un alto de ida en la hacienda de los Alvarez para descansar. Antes de dormir se dedica a leer *La vida de San Francisco de Asís* de Joergensen. Al día siguiente continúan el viaje, internándose en lo más abrupto de la cordillera, hasta La Cuchilla del Tambo.

Al llegar a los galpones del ferrocarril, son recibidos por dos hombres que parecen dirigir una escuadrilla de peones, Kraken, un personaje de pequeña estatura, algo jorobado que dice ser agrimensor, natural de Dantzig, y Martens o Harlens, ingeniero nacido en Bélgica, quienes los invitan a compartir la mesa en silencio.

Al retirarse a dormir, el Zuro le cuenta a Maqroll que los peones le

han informado que no existe tal ferrocarril. Esa noche el Gaviero decide hablar al regreso con el belga, vender las mulas y abandonar la empresa.

De regreso a La Plata, no encuentra a Van Branden y sostiene largas conversaciones con doña Empera quien le proporciona información sobre los terribles sucesos ocurridos en la zona durante los últimos veinte años. El conocimiento que logra sobre esta intrépida mujer que se ha sostenido con inteligencia y buen sentido en medio del caos y la violencia, le despiertan una gran admiración y afecto por la ciega. Amparo María lo visita frecuentemente y su solícita ternura despierta el amor del Gaviero en un clima de confianza y entrega sin reservas, que lo hacen desistir por el momento de abandonar la empresa.

Van Branden regresa y le informa que tendrá que transportar cajas más grandes y delicadas. Maqroll concluye que la empresa de la vía férrea esconde un propósito oculto e ilegal y decide entonces tomar precauciones en el segundo viaje.

Don Aníbal, quien ha hecho averiguaciones al respecto, asegura al Gaviero que no hay tal vía férrea, que sospecha que lo que está llevando no son aparatos de precisión ni maquinaria de ninguna clase y le pide informarle por medio de Amparo María, cualquier movimiento en relación a este asunto que le permita al hacendado prevenir el peligro para sí y para los suyos.

En el camino al refugio de los mineros, el peso de la carga arrastra a una mula hacia el abismo. Martens o Harlens llega al refugio con cinco peones y traslada las cajas a cinco mulas que esperan afuera. Al constatar que falta el contenido de una, advierte a Maqroll que tendrá problemas sino intenta rescatar esa carga. Con la ayuda del Zuro, Maqroll baja al abismo y sólo logra encontrar una astilla de madera y un trozo de etiqueta con un impreso: "Made in Czech...".

Don Anibal le cuenta que la carga desbarrancada fue llevada a lugar seguro y que la caja contenía un rifle ametralladora AZ-19, de fabricación checa, arma mortífera que tiene gran demanda en el mercado negro de armas. Así se desmonta la patraña del ferrocarril.

El hacendado lo conduce donde su viejo amigo, el capitán Segura, quien le informa que los dos extranjeros tienen cuentas pendientes con la justicia por homicidio, trata de blancas y tráfico de armas. Después de

María Eugenia Rojas Arana

dejar en claro su inocencia el Gaviero se compromete con el capitán en observar lo que sucede sin despertar sospechas. En el camino de regreso don Aníbal le cuenta que la Inteligencia Militar tiene toda la información sobre los extranjeros y que el capitán Segura fue comisionado para cercar a los bandidos. Finalmente aconseja al Gaviero marcharse lo más pronto.

Al llegar el barco al muelle, Maqroll, cumpliendo con lo pactado, recoge las dos cajas enviadas por Van Branden constatando que están cargadas de TNT. La noche anterior a su partida deja instrucciones a doña Empera sobre lo que debe hacer en caso de que pierda la vida: informar su deceso por telegrama al banco de Trieste, guardar para ella los dos libros que allí deja, quemar su ropa con todos los papeles y decirle a Amparo María que fue el mejor regalo que le habían dejado los dioses. Finalmente cancela sus cuentas de pensión y se retira a su habitación.

Al día siguiente se despide de la ciega y emprende su último viaje. Al llegar al refugio de mineros escucha disparos de granada o de bazookas de alta potencia en lo alto de La Cuchilla del Tambo, deja las cajas en la cabaña y emprende el camino de regreso. Al encontrarse con don Aníbal, este le informa que ya ha enviado a su gente al monte y que al día siguiente, a primera hora se reunirá con ellos para emprender la huida pues no quiere verse entre los fuegos del ejército y de los contrabandistas. Le aconseja salir al día siguiente de La Plata, ojalá en una canoa, de noche y con lo que lleva puesto.

Ya en la pensión de La Plata, doña Empera lo urge a escapar en un lanchón que le tiene preparado. Al disponerse a partir, llega Nachito, un niño primo de Amparo María, quién relata al Gaviero y a la ciega cómo fue masacrada por los guerrilleros la familia de los Alvarez. Todos murieron, incluso Amparo María.

Maqroll intenta escapar y es apresado por la Inteligencia Militar que lo interroga sobre lo sucedido. Un documento dejado por el capitán Segura, muerto por los contrabandistas, da fe de la inocencia del Gaviero y su colaboración con el ejército. Todo esto, sumado a la solicitud de la embajada del Líbano para que sea dejado en libertad, presiona al capitán Ariza quien le aconseja no meterse más en líos y alejarse inmediatamente de la zona.

Nuevamente en el hospedaje, doña Empera le revela haber conocido

a Flor Estévez, quien estuvo en La Plata en años pasados, buscándolo, hasta que finalmente se fue con un capitán de barco de la compañía petrolera. La ciega no volvió a saber de ella, pero le confirma al Gaviero su amor e interés por encontrarlo. Muy triste y nostálgico, Maqroll se despide y se va en el planchón por los esteros. Días después, la lancha del resguardo encuentra el lanchón varado entre los manglares, al Gaviero muerto encogido al pie del timón y una prostituta, recogida en el camino, también muerta y deformada por la hinchazón.

El componente enunciativo

La enunciación, ese acto de lenguaje que produce el enunciado y permite dar cuenta del enunciador, supremo organizador de la narración, se expresa a través de narradores que hacen saber al narratario la historia que relatan y hacen valer el mundo referencial que construyen. Así, la instancia enunciativa, valiéndose de procedimientos discursivos, evaluativos e informativos, manipula al narratario proponiéndole su preferencia de lectura para que viva de la misma manera y con similares valores ideológicos esta ficción.

Los narradores

Muchas veces sin dar cuenta de la procedencia de su saber, los narradores determinan en el relato aquello que les interesa narrar, la elección de contenido de las historias y la perspectiva para precisar el puesto de observación desde el cual miran para fijar el ángulo de visión, así como la manera de contar, para mostrarse a sí mismos y mostrar a otros.

En *Un bel morir*, encontramos en un primer nivel, un narrador anónimo que abre y cierra la novela, este narrador subordinante, situado en algún lugar por fuera de la historia, sin participar en ella como actor, genera y ordena su discurso, para contarle a un narratario también anónimo, a quien le dice:

Todo comenzó cuando Maqroll se fue quedando en el puerto de La Plata y pospuso, por un tiempo indefinido, la continuación de su viaje río arriba. Se trataba, en esta navegación hacia las cabeceras del gran río, de encontrar alguna huella de vida de quienes compartieron, años

María Eugenia Rojas Arana

atrás, algunas de sus miríficas empresas. Desalentado por la ausencia de la menor noticia sobre sus antiguos compañeros y con amargo sabor en el alma al ver como se agotaban las últimas fuentes que nutrían esa nostalgia que lo había traído desde tan lejos, concluyó que le daba igual quedarse allí, en el humilde caserío, o seguir remontando la corriente, ya sin motivo alguno que lo moviera a hacerlo.¹

En este fragmento, el narrador parece ocultarse para mostrar al personaje, evidenciando sus reflexiones, sus intenciones, estados de ánimo y los más recónditos sentimientos de su alma. El Maqroll de ahora, privado de las alegrías del pasado, en compañía de sus antiguos compañeros, siente la urgencia y el dolor de la falta que se diluye cuando acepta con indiferencia el sin sentido de su existencia.

El Gaviero sabía por adelantado, allá en un rincón de su inconciente, que el pago de su trabajo estaría sujeto a las más inesperadas alternativas. Pero vino a caer en esa ciega inclinación, tan propia de su carácter, de aceptar y embarcarse siempre en empresas que descansaban en el aire, justificadas con palabras, zalameras unas veces, altaneras otras. Empresas en las cuales acababa pagando, sin remedio, los platos rotos. La que le propuso Van Branden se ajustaba sospechosamente al modelo ya familiar.²

Así, hasta el final, este narrador-informador, comunicará su saber al narratario sobre aspectos muy íntimos, que van construyendo, en la aceptación del infortunio, la desesperanza del protagonista. Dibujando además, por su conocimiento del héroe y de la historia, un espacio-tiempo de trópico donde la ilegalidad y el azar determinan el infortunio de los hombres que se atreven a deambular por él.

En el mundo alucinado que construye y en virtud de su palabra, se erige como supremo ordenador de una nueva trama de infortunio donde los seres más queridos del Gaviero —don Aníbal, Amparo María y el Zuro— sucumben al tratar de ayudarlo en esta otra empresa fallida donde se compromete.

Observemos en la voz del narrador, el relato desgarrado de los sentimientos de Maqroll acerca de este aciago acontecimiento:

¹ Alvaro Mutis, *Un bel morir*, p. 207.

² *Ibid.*, p. 217

De nuevo giraban a su alrededor las presencias amigas de la gente sacrificada en el monte: Amparo María y su aire de maja de Goya, su amor sin dueño ni salida; don Aníbal Álvarez, hidalgo en sus tierras, leal y justo con sus amigos, fatalista y resignado como el caballero del verde gabán; el Zuro, inteligente, fiel, arisco e independiente y de recursos inagotables en el páramo. Y tantos otros rostros sin nombre, de gente hospitalaria y amable: masacrados, todos, por manos anónimas cuya costumbre de matar se había convertido en la única razón de existir.³

En el transcurrir de la trama, otras voces asumen la responsabilidad de contar para aportar sus saberes y versiones sobre personajes y acontecimientos de la misma. Por su carácter de subordinación, su palabra sólo es posible por la permisibilidad del narrador dominante.

Cuando el Gaviero llega a casa de doña Empera, ella le dice:

Yo a usted lo conozco, don. Ha pasado por La Plata varias veces pero nunca se ha quedado aquí. He oído hablar de usted. Por cierto que nadie consigue decirme cuál es su oficio o de qué vive. Pero eso no es lo que me extraña. Lo que me intriga es que, si las que lo mencionan son mujeres, nunca lo hacen con rencor, pero se les nota en la voz un como miedo que no les permite hablar mucho.⁴

En su primera visita al llano de los Álvarez, don Aníbal le informa sobre el origen de Amparo María:

Es una muchacha muy hermosa. Tímida y seria, pero leal y de carácter amable. Sus padres fueron asesinados cuando estalló la violencia en nuestra provincia. La trajimos para acá y vive con unos tíos que la cuidan como hija suya. Mi esposa le tiene mucho apego. Se la quería llevar a la capital, ahora que fue a matricular a los muchachos al colegio. Ella no quiso ir. Desde cuando perdió a sus padres se volvió muy temerosa y aprensiva. Se entiende.⁵

Mediante las diversas conversaciones que se desarrollan entre el protagonista y el resto de actores de la trama, los interlocutores realizan

³ *Ibid.*, pp. 283-284

⁴ *Ibid.*, p. 208

⁵ *Ibid.*, p. 221

alternativamente roles de narradores y narratarios. Así, jugando con actores, espacios, situaciones y tiempos diversos, Mutis enriquece esta historia. Observemos como lo hace:

Cuando Maqroll cuenta a doña Empera los detalles de la entrevista con Van Branden, donde éste se muestra evasivo y renuente en relación al dinero para financiar el viaje al páramo, el narrador subordinante cita las palabras de doña Empera sobre el verdadero carácter del belga, discurso que permite revelar también la vigilante solidaridad y la actitud protectora de la mujer para con el Gaviero.

Pero qué puede usted esperar de semejante rata —le comentó ésta. Hasta la pobre mujer que viene a verlo es víctima de su avaricia. Le debe a ella dinero y siempre le sale con el cuento de que un día de éstos le mandará poner la dentadura y matriculará a los hijos en el internado de San Miguel. A mí me tiene que pagar porque me teme. Supone que sé sobre él más de lo que en verdad conozco. Mejor que siga en ese engaño. Así lo traigo corto. Téngale mucho cuidado. Si no le paga cabalmente, déjele tiradas las cosas en el muelle y que se las arregle como pueda. Verá que afloja el dinero de inmediato.⁶

Al llegar a descansar a la cabaña abandonada por los mineros, el Zuro, ese joven arriero que lo guía y lo protege, le informa sobre el origen y el carácter duro y pendenciero de los hombres que la construyeron.

Venían del Canadá —contestó el Zuro—. Buena gente. Pero cuando bajaban a La Plata, empezaban a beber como locos y terminaban en unas peleas tremendas. Ni el ejército podía con ellos. Después se quedaban tirados en la calle, dormidos, y los perros les orinaban encima. En la madrugada, después de hacer sus compras en la tienda del turco, regresaban al páramo como si no hubiera pasado nada. Eran inmensos y llevaban unas barbas rojas que no se cortaban nunca. (...) Se largaron, de pronto, sin pagar donde Hakim, después de una riña que duró toda la noche y dejó cuatro soldados muertos. No los pudieron alcanzar, ni los vieron más en ninguna parte.⁷

⁶ *Ibid.*, pp. 223-224.

⁷ *Ibid.*, p. 230.

Don Aníbal también lo advierte sobre Van Branden:

Por aquí pasó el tal Van Branden. Yo no he viajado nunca, ni la capital visito, pero puedo decirle que ese tipo no me gustó nada. Para comenzar, no creo que se llame así. Confunde su nombre y cae en contradicciones al pronunciarlo. Firma con unos garabatos, siempre diferentes. Algo me dice que había estado por estos rumbos, usando otro nombre. (...) Una cosa sí puedo decirle: ese hombre corre con mucha suerte. El ejército cerró el puesto militar en La Plata y por esa razón no existe vigilancia alguna en la región. Con la tropa aquí, el tal Van Branden, o como se llame, hubiera tenido que identificarse y declarar exactamente qué es lo que hacen él y su gente. Eso se lo garantizo.⁸

Finalmente la construcción de Van Branden como personaje inde-seable, se completa en las informaciones del capitán Segura, quién revela la verdadera identidad del belga.

El tipo se apellida Brandon y es irlandés. Sus antecedentes son interminables: preso en Trinidad por falsificación de cheques; los ingleses lo buscan por trata de blancas en el medio Oriente; Arabia Saudita lo dio por muerto después de una paliza que mandó darle un sheik a quien había engañado vendiéndole dos muchachas vírgenes de Alicante que resultaron ser dos putas de San Pedro Sula. La lista, como le dije, es muy larga. Aquí pesan contra él cargos mucho más graves.⁹

El recuerdo de Flor Estévez, la mujer amada a quien Maqroll busca infructuosamente al final de la novela *La nieve del Almirante*, atormenta al Gaviero todavía, al darse cuenta que hace un tiempo esta mujer estuvo buscándolo en el puerto de La Plata y que doña Empera conoce algunos detalles de su destino; antes de partir, la interroga al respecto y la ciega le responde:

Flor me contó que había tenido que dejar la tienda porque llegó el resguardo y le confiscaron la casa para instalar un puesto de vigilancia. Luego, parece que también los guardias dejaron el lugar. Poco después vino un invierno terrible. Los derrumbes taparon la carretera y hubo

⁸ *Ibid.*, p. 239.

⁹ *Ibid.*, p. 258 10 *Ibid.*, p.301.

María Eugenia Rojas Arana

que hacer un nuevo trazado por otro sitio. Ya nadie volvió allí y todo quedó en ruinas. (...) Flor Estévez —continuó la ciega— se fue a buscar la vida como pudo. En todas partes preguntaba por usted. En el puerto grande, en el estuario, instaló una casa de costura donde arreglaban vestidos para fiesta y ropa de novia. Poco a poco cambió el negocio de giro y la policía comenzó a molestar. Flor vendió todo y empezó a subir por el río de puerto en puerto. Cuando llegó aquí, las fiebres la traían agotada. No tenía un centavo. Durante un tiempo vivió conmigo y me ayudaba en la pensión. Nos hicimos muy amigas. Se curó del paludismo y volvió a ser muy solicitada. Por fin se la llevó un capitán de un barco de los que trabajan para la compañía petrolera. No volví a saber de ella. No se imagina cuántas veces me repetía que lo único que la atormentaba en la vida era que usted pensara que lo había abandonado y ya no lo quería.¹⁰

Después de este relato, a nuestro héroe ya no le queda ninguna esperanza, una nueva empresa fracasada ha terminado para él, una violencia atroz se ha realizado en la Hacienda de los Alvarez donde parecen involucrados la guerrilla, la infantería de marina y los contrabandistas. El Gaviero se despide de doña Empera, sube al planchón y toma el timón de su destino internándose en la noche.

En las páginas siguientes, nos encontramos con un apéndice donde un narrador, que parece ser el mismo de la novela, expone varias versiones sobre el fin de la vida de Maqroll, asegurando que la más ajustada a la realidad es el testimonio titulado “En los esteros”, aparecido en el libro *Caravansary*. De esta manera le pone fin a esta zaga diciendo:

Días después, la lancha del resguardo encontró el planchón varado entre los manglares. La mujer, deformada por una hinchazón descomunal, despedía un hedor insoportable y tan extenso como la ciénaga sin límites. El gaviero yacía encogido al pie del timón, el cuerpo enjuto, reseco como un montón de raíces castigadas por el sol. Sus ojos, muy abiertos, quedaron fijos en esa nada, inmediata y anónima, en donde hallan los muertos el sosiego que les fuera negado durante su errancia cuando vivos.¹¹

¹¹ *Ibid.*, p. 306.

La actorialización de la desesperanza

La incomunicación, la soledad, la nostalgia, la gran cercanía con la muerte, un gran escepticismo y la lucidez que no los abandona, constituyen el universo ideológico cultural de los personajes que en el contar también se muestran y dibujan en esta nueva estética de deterioro e incertidumbre que le da sentido a sus vidas de frustración y desencuentro.

En virtud de la enunciación y a través de sus relatos, Alvaro Mutis nos hace verosímil a su personaje protagónico Maqroll el Gaviero y a otros personajes que como él deambulan por el trópico. Una apología de la pasividad, del ensimismamiento y cierta resignación, además de una moral marginal y de renuncia impiden transformar su vagabundaje por el infortunio y dotan de sentido trágico su relación con el azar, la muerte y la anhelada búsqueda de esa “otra orilla” como lugar de horror y de placer, como posibilidad de vértigo y de absoluto.

La isotopía de la desesperanza, es un nivel de significación que se prolonga a lo largo del texto y se expresa en figuras y temas, en el hacer y pensar de los personajes. El enunciador realiza también operaciones figurativas y temáticas y se sitúa en una determinada escala de valores que le permite axiologizar lo narrado, ejerciendo una manipulación enunciativa para hacer creer al enunciatario esta historia y para que este se adhiera a la manera de ver y a su punto de vista desesperanzado.

Observemos como todo esto se plantea desde el inicio de la novela, cuando nuestro personaje, se va quedando en el puerto de La Plata, y aplaza el deseo de navegar hacia las cabeceras del gran río, para buscar antiguos amigos que compartieron años atrás sus empresas. El Maqroll de ahora, privado de las alegrías del pasado, siente el aguijón de la carencia. El narrador en sus palabras muestra al personaje, sus sentimientos, su hacer reflexivo, su triste estado de ánimo:

Desalentado por la ausencia de la menor noticia sobre sus antiguos compañeros y con amargo sabor en el alma al ver cómo se agotaban las últimas fuentes que nutrían esa nostalgia que lo había traído desde tan lejos, concluyó que le daba igual quedarse allí en el humilde caserío o seguir remontando la corriente, ya sin motivo alguno que lo moviera a hacerlo.¹²

¹² *Ibid.*, p. 207.

María Eugenia Rojas Arana

La nostalgia, esa emoción existencial, esa triste evocación que acompaña al recuerdo de épocas o personas de un pasado idealizado que se vivencia absolutamente feliz, habita siempre al Gaviero y lo afirma en un presente vacío donde es imposible el disfrute y el hombre sólo puede refugiarse en la bienhechora indiferencia.

El mundo en el cual se enmarca el deterioro humano y la visión de la existencia de Maqroll, es también signado por la decadencia. El tema de la desesperanza es figurativizado y tematizado en los paisajes de tierras bajas con su atmósfera insana y sórdida, en los páramos inexpugnables, en los grandes ríos amenazantes y en los puertos donde la gente agoniza de hastío, de soledad y de pobreza.

El narrador escenifica muy bien esta atmósfera cuando se refiere a la vida en este mísero puerto:

La vida en La Plata era como la de todos los pequeños caseríos al borde del río. La llegada del barco de pasajeros, con sus grandes ruedas de palas pintadas de color ocre o el arribo de las caravanas de barcazas tiradas por un remolcador tartajoso, eran el principal acontecimiento del lugar. Cuando llegaba esa ocasión, la cantina ubicada entre las demás casas, frente al terraplén que hacía las veces de plaza, mirando al río, adquiría una inusitada pero fugaz actividad. Al continuar su viaje, los barcos dejaban de nuevo el pueblo sumido en la modorra de un clima de sauna, en medio de un silencio que llegaba a producir la impresión de que la vida se había retirado de allí para siempre. Algunas noches, una victrola rompía la callada tiniebla con el chillón y casi irreconocible lamento de un tango de los años treinta o una gangosa canción del doctor Ortiz Tirado que hablaba del amor con la unción melodramática de un fatal pecado de utilería.¹³

Al emprender el viaje, la cercanía a la montaña despierta en Maqroll un sentimiento de dicha que se manifiesta en el recuerdo de la infancia vivida en los cafetales y en la sensación de volver a ellos y así prepararse para emprender la aventura por el páramo. Este sentimiento de feliz retorno y de súbita esperanza y la focalización del gaviero, son registrados por el narrador de la siguiente manera:

¹³ *Ibíd.*, p. 210.

Al fondo, se alzaba la cordillera cercana y bañada en un halo azulenco a través del cual se destacaban las manchas de color de los techos y las huertas florecidas. El recuerdo de sus años mozos volvió de repente, con un torrente de aromas, imágenes, rostros, ríos y dichas instantáneas. Tornó a vivir entre los olores, los lamentos y cantos que poblaban la espesura, la humedad de los refugios adornados con flores anónimas que daban el único toque alegre en la sombría soledad de las cañadas. (...) Rodeado por todas partes de cafetales dispuestos en un orden casi versallesco, Maqroll sintió la invasión de una felicidad sin sombras y sin límites; la misma que había predominado en su niñez.¹⁴

También para el Gaviero, el encuentro con las mujeres, el sentimiento amoroso y la práctica del erotismo, aunque lo llenan de nostalgia por la juventud perdida, dan sentido a su precario existir y a sus escasas razones para seguir con vida.

En el umbral de su vejez, el Gaviero estaba aprendiendo a conformarse, sin remedio pero con creces, con lo que nos es dado fatalmente a cambio de lo que hubiera podido ser y ya no fue. El azar le entregaba a Amparo María, él la hubiera querido unos veinte años antes para guardarla en una escondida quinta de Catania. La tenía aquí, cansado y en medio de una tierra de horror y desamparo. Seguía siendo un regalo de los dioses.¹⁵

La condición de exiliado, el ser extranjero de todos los países, es una de las certezas más desesperanzadoras que Maqroll vive como anticipo de la propia muerte que lo espera en su viaje final por los esteros. En un hermoso canto de de absoluto desarraigo y soledad, el Gaviero se duele:

Pensaba que tal vez no hubiera, en verdad, lugar para él en el mundo. No existía el país en donde terminar sus pasos. Lo mismo que ese poeta, compañero suyo de largos recorridos por cantinas y cafés de una lluviosa ciudad andina, el Gaviero podía decir: “Yo imagino un país, un borroso, un brumoso país, un encantado, un feérico país del que yo fuese ciudadano. ¿Cómo el país? ¿Dónde el país?... No en Mosul ni en Basora ni en Samarcanda.

No en Kariskrona, ni en Abylund, ni en Stockholm, ni en

¹⁴ *Ibid.*, p. 219.

¹⁵ *Ibid.*, p. 242.

María Eugenia Rojas Arana

Koebenhavn. No en Kazán, no en cawpore, ni en Aleppo. Ni en Venecia lacustre, ni en la quimérica Estambul, ni en la isla de Francia, ni en Tours, ni en los baños de Argel”. Y su camarada seguía evocando ciudades en las que quizás jamás había estado.¹⁶

La desesperanza derivada del escepticismo y la derrota es una experiencia vital, sentimiento común que define los pensamientos y el hacer actoral de los personajes de Mutis que se manifiesta en la manera como se asumen a sí mismos y aceptan a los demás, en el riesgo presente para contrarrestar una vida de hastío, de miseria y desarraigo.

El Gaviero deja que los acontecimientos adversos pasen sin oponer resistencia alguna a las maquinaciones de sus adversarios; Amparo María se le acerca para amarlo, aunque este sentimiento la conduzca a su propia destrucción; don Aníbal le brinda su apoyo desinteresado, a pesar de que es conciente de lo que le puede ocurrir a él y a los suyos. Su solidaridad lo convertirá en víctima de gente ajena a sus propósitos. El Zuro, ese joven jovial y astuto que lo acompaña en sus viajes al filo del riesgo por La Cuchilla del Tambo, morirá también violentamente en las tierras de los Alvarez, y doña Empera, se quedará sola con sus recuerdos después de ayudarlo y ser testigo cómplice de su aventura.

Maqroll es un sujeto de la premodernidad romántica, abandonado por la divinidad a la soledad de su destino trágico y a sus propias y lúcidas reflexiones en un trópico inclemente que le promete aventuras y transformaciones, y que va destruyendo los lugares por donde pasa hasta conducirlo inexorablemente a su propia muerte.

En *Un bel morir*, la aventura es un pretexto narrativo que permite al héroe enfrentarse a sus circunstancias y probarse a sí mismo para terminar derrotado en su destino final, allá, entre los manglares, en la soledad más absoluta. “En esa nada, inmediata y anónima, en donde hallan los muertos el sosiego que les fuera negado durante su errancia cuando vivos”.¹⁷

¹⁶ *Ibid.*, p. 299.

¹⁷ *Ibid.*, p. 306.

Bibliografía

- Alzate C., Gastón Adolfo, *Un aspecto desesperanzado de la literatura: Sófocles, Holderlin, Mutis*, Bogotá: Colcultura.1993
- Cobo Borda, Juan Gustavo, *Para leer a Alvaro Mutis*. Bogotá. Planeta Colombiana Editorial S. A., 1998
- Cruz Kronfly, Fernando, “La desesperanza, alto costo de la razón lúcida” y “El sujeto moderno como obra de sí”, en: *La tierra que atardece*, Bogotá: Planeta, pp. 115-164.
- Greimas, a. J. y Courtes Joseph, *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría de Lenguaje*. Madrid: Biblioteca Románica Hispánica. Editorial Gredos 1979.
- Hernández, Consuelo, *Alvaro Mutis: Una estética del deterioro*. Caracas: Monteavila editores latinoamericana, C.A., 1995.
- Mutis, Alvaro, *Siete novelas. Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*. Bogotá: Editorial Santillana, S.A.1995
- Ensayistas colombianos del siglo XX: “La desesperanza”. Bogotá: Biblioteca básica colombiana, 1976.
- Serrano O. Eduardo, *La narración literaria*. Colección de autores vallecaucanos, Cali: Gobernación del Valle del Cauca, Gerencia Cultural, 1996. Colección Figuras, temas y valores.

María Eugenia Rojas Arana

Profesora de La Escuela de Estudios Literarios de La Universidad del Valle. Licenciada en Literatura, Comunicadora Social y Magíster en Literatura Colombiana y Latinoamericana. Investigadora de la obra narrativa de Alvaro Mutis. Los artículos escritos como avance de la investigación han sido publicados en diversos números de la revista *Poligramas*.

Recibido en: 10/06/04

Aprobado en: 23/07/04